

HOMILÍA DE MONS EMILIO ARANGUREN ECHEVERRÍA, OBISPO DE HOLGUÍN

Misa de ordenación de Mons. Marcos Pirán, como Obispo Auxiliar de Holguín, 15 de mayo de 2021

Queridos hermanos obispos, miembros del presbiterio diocesano y sacerdotes amigos que nos acompañan; religiosos, religiosas y laicos invitados a esta celebración “con participación muy reducida¹” de acuerdo a las medidas y controles sanitarios. Quisiera que no sólo se sintieran participantes, sino también representantes de las comunidades de la Diócesis, así como de aquellos que hubiesen querido estar y, tal vez, en este momento, están presentes en la distancia a través de las posibilidades que nos brindan las nuevas técnicas de las redes sociales. ¡A ustedes, los que están lejos y, a su vez, están aquí, un abrazo fraterno!

Pienso, en particular, en la Diócesis de San Isidro, en Argentina, que hoy celebra la Fiesta de su Santo Patrono, y que desde hace 26 años, ha conservado una presencia misionera entre nosotros. Desde allá, seguro estoy que sus obispos: Mons. José Vicente Ojea y el emérito Mons. Jorge Casaretto, así como los obispos Martín Fassi, Marcelo Mazitelli y, también, Dante Braidá, impondrán con nosotros sus manos sobre la cabeza del P. Marcos. Unido a los sacerdotes amigos que han compartido la misión con nosotros y, de manera especial, a los hermanos y hermanas, sobrinos y familiares del P. Marcos ¡gracias! Recuerden que Dios me regaló la oportunidad de visitar a su mamá Verónica, acompañado del P. Miguel Ángel D’Annibale y, hoy, los dos, junto a Jorge, su difunto padre, desde el cielo nos miran y bendicen. De igual manera, los siete años de misión del P. Marcos en Maisí, haciendo camino misionero con aquellos grupos y pequeñas comunidades lo recordarán con gratitud.

Es lógico que, tan pronto pueda, Marcos, como obispo, va a ir conociendo las parroquias y comunidades de la Diócesis y, a su vez, irá haciendo algunas visitas a otras comunidades para corresponder al afecto y a la oración en la que tantos hoy están unidos a nosotros.

Regresemos a nuestro terruño y pensemos que hace 51 años, Mons. Héctor Luis Peña Gómez, recibió aquí, en este mismo presbiterio, la ordenación episcopal para prestar su servicio como Obispo Auxiliar de Santiago de Cuba hasta que, en la Solemnidad de la Ascensión (que celebraremos mañana) de 1979, comenzó como Obispo de la entonces nueva Diócesis que está cumpliendo 42 años de erigida. Eso aconteció al calor de la recién finalizada Asamblea del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Ángeles que dejó aquellos dos ecos pastorales: “dar desde la pobreza” y “comunidad y participación”. Allí participó Mons. Peña, ya preconizado como Obispo de Holguín, y también el P. Arnaldo Aldama como representante del clero diocesano cubano y, con ese espíritu, se inició la vida de esta Iglesia particular con la ayuda ofrecida por la Reflexión Eclesial Cubana que, casi al unísono, comenzó a generar un nuevo dinamismo apostólico que animara y ayudara a expresar públicamente la experiencia de fe que había sido fuertemente privatizada desde 10 o 15 años atrás.

¡Qué bueno que nuestra Conferencia Episcopal esté tan bien representada, incluyendo al Nuncio Apostólico, Mons. Giampiero Gloder! ¡Qué bueno que en nuestra Conferencia Episcopal haya un obispo (Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz SJ) que vivió sus años juveniles en este mismo templo como miembro de esta comunidad parroquial de San Isidoro y tiene en sus raíces y en su corazón pastoral, la misma vivencia que tuve yo en Santa Clara y Mons. Dionisio en Guantánamo, el Cardenal Juan de la Caridad, Mons. Álvaro y Mons. Willy en Camagüey: también la vivida por Mons. Jorge Serpa en Bogotá y Mons. Manuel Hilario de Céspedes en Caracas, ya ordenados sacerdotes y a la espera de poder regresar a su pueblo para pastorear al rebaño que les fuera encomendado. También, Mons. Arturo que tiene la experiencia de la beca en la Escuela en el Campo y allí vivió su discernimiento vocacional en plena juventud y, a su vez, Mons. Juan Gabriel y Mons. Silvano alumnos de las Universidades del país (al igual que Mons. Dionisio y Mons. Álvaro), con su propia trayectoria y con los cuestionamientos interiores que genera el conocimiento de Jesucristo, el encuentro con Él y el cosquilleo que produce sentir el llamado de Dios al sacerdocio de Jesucristo para servir “a su pueblo en las cosas de Dios” (cf. Heb. 5).

En este Colegio, hace casi 15 años, se integró el Obispo de Cienfuegos, Mons. Domingo Oropesa, del clero de la Arquidiócesis de Toledo, enviado como misionero a Camagüey, y hoy también acogemos al P. Marcos Pirán, quien con sus piernas y, especialmente, con su corazón, ha venido caminando por nuestra ciudad y pueblos, subiendo escaleras, visitando enfermos en hogares y hospitales, pedaleando por nuestras calles, caminos y barrios, conversando con quien le pide hablar ... y, también, enviando un mensaje de voz por WhatsApp o entregando un mensajito y, de manera especial, tocando a los necesitados, imponiéndoles las manos y rezando, mirándole a los ojos y diciéndoles: “¡Escúchame!”

¹ Ayer, casualmente, al celebrar la Fiesta del apóstol San Matías, escuchamos la 1ª lectura de Hech. 1,15, donde dice que “había reunidas unas ciento veces personas”, cuando Pedro les dirigió la palabra.

1º. La ordenación episcopal

Es bueno que recordemos y actualicemos, con el fin de perpetuar de generación en generación este ministerio apostólico, la forma en la que el Libro de los Hechos de los Apóstoles narra cómo los Doce agregaron colaboradores transmitiéndoles, con la imposición de las manos, el don del Espíritu recibido de Cristo, que confería la plenitud del sacramento del Orden. Así, a través de la ininterrumpida sucesión de los obispos en la tradición viva de la Iglesia, se conservó este ministerio primario y la obra del Salvador continúa y se desarrolla hasta nuestros tiempos.

Es Cristo, quien en el ministerio del obispo sigue predicando el Evangelio de salvación y santificando a los creyentes mediante los sacramentos de la fe. Es Cristo quien en la paternidad del obispo acrecienta con nuevos miembros su cuerpo, que es la Iglesia. Es Cristo que en la sabiduría y prudencia del obispo guía al pueblo de Dios en la peregrinación terrena hasta la felicidad eterna. Por eso, en la persona del obispo, rodeado de sus presbíteros, está presente el mismo Jesucristo, Señor y Pontífice eterno.

2º. El gesto de la imposición de las manos: acogida al nuevo obispo al colegio episcopal

Los obispos con la imposición de las manos asociamos hoy al P. Marcos Pirán al colegio episcopal y los invito a todos a acogerlo con alegría y gratitud. Recuerden las palabras de Jesús a los Apóstoles: «Quien a ustedes escucha, a mí me escucha; quien a ustedes rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado».

3º. La vivencia del episcopado

a) El episcopado en sí

Piensa, querido hermano, que has sido elegido de entre los hombres y para los hombres, para servirlos en las cosas que se refieren a Dios. Incluso, el Papa Francisco, ha expresado: “No para otras cosas. No para los negocios, no para la mundanidad, no para la política”² y ha insistido que «Episcopado» es el nombre de un servicio, no de un honor³. Al obispo le compete más servir que dominar, según el mandamiento del Maestro: «el mayor entre ustedes se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve». Siempre en disposición de servir, tal como lo resalta Pablo en la actitud servicial de Jesús, en la 2ª lectura que fue proclamada.

b) El ministerio propio

San Pedro, cuando decidieron nombrar a los primeros diáconos (cf. Hech. 6,4) expresó con claridad las dos tareas esenciales del obispo. La primera es la oración y la ofrenda del sacrificio por el pueblo que pastorea, y así se obtiene la gracia de Dios y se avanza en el camino de la santidad. Y la segunda es el anuncio de la Palabra, de modo sencillo, para que todos la comprendan y les ayude a ser mejores. Después de estas dos, están las otras tareas o quehaceres organizativos y administrativos.

A estas dos tareas, se suma “el pastoreo”, ya que el obispo ha sido puesto a la cabeza de la familia que le ha sido encomendada y, por eso, está llamado a seguir el ejemplo del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, ellas lo conocen y Él no ha dudado en dar su vida por ellas. Por ello, el Papa Francisco, exhortando a los obispos, nos invita a tener muy en cuenta cuatro cercanías⁴:

- la cercanía con Dios en la oración,
- la cercanía con los presbíteros en el presbiterio diocesano
- la cercanía con el colegio episcopal
- la cercanía con el pueblo, especialmente a los pobres y a todos los que necesitan acogida y ayuda; por eso es necesario prestar atención a quienes no pertenecen al único redil de Cristo, porque ellos también nos han sido encomendados en el Señor.

² Francisco, Homilía de la ordenación episcopal de tres nuevos obispos, Basilica Vaticana, 19 de marzo de 2018, párrafo 5.

³ Francisco, Homilía de la ordenación episcopal de Mons. Jean-Marie Speich y Mons. Giampiero Gloder, Basilica Vaticana, 24 de octubre de 2013, párrafo 5.

⁴ Francisco, Homilía de la ordenación episcopal de cuatro nuevos obispos, Basilica Vaticana, 4 de octubre de 2019, párrafos 7 al 10.

c) El modo de vivirlo y testificarlo

Querido Marcos, con mis palabras he tratado de ubicarnos en la historia eclesial nacional y diocesana, ofreciendo algunas pinceladas sobre la teología del episcopado con algunas citas del Papa Francisco y, ahora, me permito algo personal y acudo a los textos bíblicos que escogiste para esta celebración. En síntesis, tanto el Cántico del Siervo de Yavéh como el Himno cristológico de la Carta de San Pablo a los Filipenses, expresan las actitudes vividas por Jesús y que marcan la vivencia de la vocación y de la misión en clave de servicio a los demás, por tanto, disponibilidad, entrega, dominio de sí, cercanía al prójimo, sencillez de vida, capacidad de escucha, marcada identidad sustentada en la fe pascual, amor al Reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz.

Recuerdo el momento que vivíamos cuando recibí la ordenación episcopal en 1991 y, tal vez por eso, sentí que la exhortación de Jesús a los apóstoles cuando gritaron aturridos porque la barca estaba sacudida por las olas, y Él les dijo: “¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!” (Mt. 14,27) era una invitación para vivir el nuevo servicio que la Iglesia me pedía. Hoy, en el mundo y, especialmente en Cuba, muchos están sobrecargados y, tal vez, la promesa de Jesús: “Cuando estén cansados o agobiados vengan a Mí y encontrarán el descanso que necesitan”, pero tú -tal como nos has compartido- elegiste como lema, las palabras dichas a Jesús por aquellos dos que venían de regreso, cansados, cabizbajos y sin esperanza: “Quédate con nosotros, Señor, porque atardece” (Lc. 24,35) y que escuchamos en el Evangelio que fue proclamado. Elegiste este lema que, como has dicho, intentas vivir desde que recibiste la ordenación sacerdotal hace 32 años. Y, además, es la experiencia de Dios en la cual te sientes reflejado, tanto desde el ser acompañado en el camino por Jesús de muchísimos modos, como también lo que has intentado hacer a quienes Jesús te ha puesto en el camino de la vida.

Tanto en alta mar como en el camino de Emaús es Jesús quien marca el momento e indica o hace lo que así considera. Por eso, nuestra total confianza está en Él, pero hay algo que, en el hoy de nuestra historia es imprescindible: la misericordia. La Iglesia y el mundo tienen necesidad de mucha misericordia. Comparte, querido Marcos, especialmente con los presbíteros y con los seminaristas, y también con nosotros, tus hermanos obispos, el camino de la misericordia, tanto con palabras, pero sobre todo con tu actitud. La misericordia del Padre acoge siempre, siempre tiene lugar en su corazón para escuchar y comprender, no para rechazar, ni ofender.

Finalmente, acudamos todos en nuestra oración a la Virgen, estamos en el Mes de Mayo. Sabemos, P. Marcos que cuando puedes, siempre tratas de ir al Santuario en El Cobre, conserva la costumbre. También acude a San José, a quien le tienes devoción porque, al igual que Jesús “pasó por uno de tantos”; hoy invocamos a San Isidro Labrador, el santo patrono de tu Diócesis de origen y a quien acudimos porque estamos muy necesitados de la lluvia. Por supuesto que tienes en el Santo Cura Brochero un ejemplo; ahora, como obispo, sé que conoces la vida de San Antonio María Claret y, además, al igual que él, pasando a pie los ríos que él también cruzó para llevar el mensaje de la catequesis en las tierras más orientales de nuestra isla y, de igual forma, en Mons. Romero tienes un ejemplo de entrega y sacrificio pastoral en favor de los más indefensos. Por supuesto que, el Hermanito Charles de Foucauld, que pronto será canonizado, como los tres Beatos cubanos, te sirvan de protección y acicate espiritual para la entrega a favor de todos. Así lo invocaremos en las Letanías.

Que sea el Espíritu Santo quien, a través de nuestro pobre ministerio y la oración de tantos que están unidos a nuestra celebración actúe en ti y santifique y haga fecundo tu ministerio episcopal.

Amén.